

Políticas del chisme

Sanchez Ceci, Pablo Daniel ¹

Universidad Nacional de Córdoba

Recibido: 17/08/2021

Aprobado: 25/10/2021

Like por like, follow por follow las redes sociales funcionan en una economía lingüística de hechos íntimos que se intercambian y transforman en datos privados. Todo este show empieza al intercambiar un signo por otro. Parece que alguien da algo que le pertenece. Pero el pez por la boca muere y en boca cerrada no entran moscas. El capitalismo de plataformas y sus tecnologías de vigilancia tentaculares se apoyan en una práctica antiquísima: el chisme.

Al decir se manifiesta lo impropio. Dar una primicia, revelar un secreto, confesar una verdad, hacer que la lengua haga la maledicencia. Alguien dice mal, dice el mal; alguien maldice, el mal dice. Saca el cuer(p)o del otro ausente. Pero el otro nunca está del todo ausente, siempre hay rastros. El chisme convierte la cicatriz en mutilación. Lo que era una huella, ahora es ausencia. Retirar el cuerpo es la condición de posibilidad del chisme. Así, de alguna manera el chisme y el estereotipo comparten este rasgo de habla descorporizada identificado por Barthes (2018). El chisme es un delito sin cuerpo, no hay *parresía* en el chisme, más que una franqueza es un ejercicio de crueldad. Sacar el cuero, quitar la piel, extraer esa superficie de placer, el lugar del tacto y la sensibilidad, ese refugio para la inscripción de cicatrices, arrugas o tatuajes. El chisme ignora una frase de Atahualpa Yupanqui: “Un amigo es uno mismo, en otro cuero”. Entonces el chisme es un pequeño-gran acto de guerra. La palabra del chisme avanza contra los afectos de la amistad, deshace el archivo, olvida la historia compartida. Es una forma del olvido que fetichiza un saber del otro. El intercambio de las mercancías del chisme transforma un cuerpo que afectó de amistad en el pasado al chismoso. Ahora el chismoso usa y cambia ese saber que extrajo/expropió del otro y que sigue siendo del otro.

Por otra parte, la amistad es un acto de locura, un instante de decisión que se repite. No es tanto un vínculo, como una emoción que circula y afecta a los cuerpos.

¹ Estudiante del Doctorado en Semiótica, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Instituto de Estudios en Comunicación, Expresión y Tecnologías. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. Contacto: sanchezcecipablodaniel@gmail.com.

Es una memoria, un recuerdo, más que un tutor, es un faro o una sirena. La amistad es un afecto por el cual se escuchan voces. Como en otras formas del amor hay un embrujo, un asedio del tiempo y la niebla. Del pasado, el presente y el futuro viene el canto de esa sirena que es la amistad. También viene su niebla, desautomatizando la percepción del espacio-tiempo. Y sin embargo, solo se puede navegar con amigxs, es la única garantía para evitar el naufragio.

El chisme irrumpe contra la locura al navegar. Sus signos recuperan el relato de los viajes pasados que quedaron cifrados en la experiencia de sus participantes. Narrar esos viajes es lo único que se puede hacer, pero hay una ética del narrador. No importa lo que está bien o mal, importa lo que vive o muere, lo que persiste o desiste. La promesa-amenaza del narrador es juntar y compartir los signos de lo que se puede, de la potencia de los viajes. No hay espacio para el arrepentimiento, el miedo o la esperanza en la ética del narrador, éste sólo puede transmitir lo que pueda ayudar a persistir a quien escuchala historia. No tiene intenciones de disminuir o engrandecer a los personajes de su historia.

Pero, a veces en los caballos de la furia o el alcohol, cuando no en el más plano sopor del aburrimiento de los tiempos del tedio, al narrador se le suelta la lengua. No es que tenga intenciones de conspirar o ganar algún rédito. El chisme no es precisamente una traición. La traición es diferente, es la condición de posibilidad para los afectos amistosos, se podría decir que la traición es la amistad misma. Runeberg, un personaje de Borges (1974), encuentra una equivalencia entre Cristo y Judas, ya que la divinidad sólo puede reencarnar en un cuerpo infame. La traición hace amistades y la amistad se hace traicionando. El chisme corta el ciclo traición-amistad/amistad-traición. El chisme es propio del narrador, la traición es lo propio de los informantes, soplones o canallas. El chisme no es ni soplo, ni murmullo, es un canto cruel. Solo la traición profana. El chisme es una manera de adoración (e impostura) narcisista. “He ahí el otro, quien me afectó de amistad, he ahí que yo sé su verdad”. Quizás las encíclicas y los sermones de papas y predicadores no sean más que chismes

La perversión del chisme es posicionar al otro, a quien afectó de amistad en el pasado al chismoseante, en el lugar del enunciado. Lo vuelve ausente dándole forma de mensaje. Ese lugar de mensaje/signo/fetichismo/mercancía, es lo que permite al chismoso extraer un goce. El chisme es el habla paradigmática de la sociedad del espectáculo. El chismoso goza de hacer circular y transformar un secreto en un espectáculo para otro que escucha y presta la oreja funcionando como parte espectadora. El cuerpo ausente de quien está siendo des-cuerado es el espectáculo mismo. Quizás vivir en la sociedad del espectáculo, como la llamó Debord (1995), sea ocupar estos roles de vez en cuando. Hay algo de esta perversidad en la lógica de dar gratis, irreflexivamente, “inconscientemente” los datos a un algoritmo que todo lo escucha, auto-sacarnos los cueros ante una máquina. La sociedad del espectáculo en su fase actual es una cultura autofágica en donde biopolítica mediante, damos nuestro cuer(p)o en forma de chisme.

La incontinencia, la compulsión a la repetición del hecho oculto en el registro oral del intercambio con un cómplice espectador produce una sensación. El chismoso se orienta por el goce de (mal)decir.

¿Por que se puede gozar del chisme tanto al leer, digamos, a Puig -habría que hacer una salvedad: el chisme en ficción y/o inscripción no es propiamente chisme; es puro símbolo, hace la falta; la materia evanescente del cuerpo oral y sus fantasmas son pura ideología-, como al contar o escuchar un chisme?, ¿Por qué hay resaca del chisme, no hay algo que se siente roto después de ese goce?, ¿Que hay en esa injuria de particular? Quizás el chisme es como un insulto que no puede re-apropriarse. Quien es dañado por el habla chismosa no puede reconocer el insulto y sus efectos hasta que ya es demasiado tarde. Una burla, un chiste, una transnominación peyorativa es fácilmente apropiable, cambiarse el nombre para reivindicar ese fuera-de-la-ley que tiene el nuevo nombre. Pero el chisme se produce en una intersección fuera del alcance de lo público y de lo privado, el chisme crea su propio espacio, el escenario del espectáculo, el “paquete de experiencias” (Debord, 1995) que solo reconoce la topografía de la propiedad.

También el chismoso, el narrador que goza de esta modalidad del decir, es sujeto de daño. Revelar o confesar produce un daño. El cuerpo del chismoso pierde una potencia. El chisme tiene un dimension sado pero también masoquista. Quizás el chisme sea la casa común de todas las perversiones, pero también de todas las histerias y neurosis. Quizás el chisme neurótico sea el chisme literario de Puig y Proust, aquel que hace ingresar una dimensión narrativa en la culpa. Podemos seguir explorando distintos tipos de chismes y sus efectos, habría que hacer una topografía del chisme.

No vale la pena condenar o elogiar al chisme. Su existencia y extensión social lo salve ingresar en disquisiciones jurídicas. Por otro lado, también se hace imposible dejar de pensar en los efectos de la crueldad del chisme.

Pienso en una historia cultural del chisme. Su perversión y crueldad lo vuelve una forma discursiva sumamente efectiva para vigilar y castigar. El chisme es de las tecnologías de producción de subjetividad más potentes que tienen los comunicadores de pasiones tristes. Por eso la literatura del chisme es tan valiosa, subvierte lo canalla en coraje. Cuando agonizaba el feudalismo y empezaba el nacimiento del capitalismo hubo una institución que hizo del chisme su arma privilegiada: la inquisición. El chisme parece nacer en las cenizas de la edad media y en el albor de la cultura moderna o burguesa. Como cuenta Ginzburg (1982), el pobre Domenico Scandella es una víctima que prueba cómo la envidia y el chisme pueden terminar con una vida.

El peligro de usar el chisme como arma inquisitorial es terminar con la magia del mundo. Las brujas y monstruos de la edad media fueron víctimas de una cacería que usó al chisme como tram(p)a. El chisme es el discurso maldito de la moral burguesa. En nuestra época las tecnopolicias capturaron vía algoritmos el poder del chisme, tejen como arañas redes sociales y una nueva moral imposible de satisfacer.

Bibliografía

- Barthes, R. (2018). *Roland Barthes por Roland Barthes*. Eterna Cadencia editora.
- Borges, J. L. (1974). *Obras completas*. Emecé Editores.
- Debord, G. (1995). *La sociedad del espectáculo*. Ediciones Naufragio.
- Ginzburg, C. (1982). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Ediciones Península.